

GEORGE R. R.
MARTIN

VOLADORES NOCTURNOS



Cuando Jesús de Nazaret agonizaba en la cruz, el **volcryn** pasó al año luz de su muerte, se dirigía al espacio. Cuando las Guerras de Fuego aparecieron sobre la Tierra, el **volcryn** navegó junto al viejo Poseidón sobre mares vírgenes sin nombre. Cuando los viajes siderales hubieran transformado a las naciones Federales de la Tierra en Imperio Federal, el **volcryn** se había movido hacia los Bordes del Espacio Hranggan.

Los hrangans nunca lo supieron. Como nosotros, eran criaturas de mundos menos brillantes y circulares alrededor de sus esparcidos soles, con poco interés y escaso conocimiento de las cosas que se movían entre sus golfos.

Voladores nocturnos

Cuando Jesús de Nazaret agonizaba en la cruz, el **volcryn** pasó al año luz de su muerte, se dirigía al espacio. Cuando las Guerras de Fuego aparecieron sobre la Tierra, el **volcryn** navegó junto al viejo Poseidón sobre mares vírgenes sin nombre. Cuando los viajes siderales hubieran transformado a las naciones Federales de la Tierra en Imperio Federal, el **volcryn** se había movido hacia los Bordes del Espacio Hranggan. Los hrangans nunca lo supieron. Como nosotros, eran criaturas de mundos menos brillantes y circulares alrededor de sus esparcidos soles, con poco interés y escaso conocimiento de las cosas que se movían entre sus golfos.

La guerra flameó durante mil años y el **volcryn** la atravesó. Oculto e intacto, seguro en un lugar en donde el fuego jamás llegaría. Después, el Imperio Federal fue despedazado y nulificado, y los hrangans desaparecieron en la obscuridad del Colapso, la misma obscuridad enfrentada por el **volcryn**.

Cuando Kleronomas sacó su nave fuera de Avalón, el **volcryn** llegó durante sus primeros diez años luz. Kleronomas encontró muchas cosas, pero no el **volcryn**. Ni entonces, ni a su regreso a Avalón, mucho tiempo después.

Cuando yo tenía tres años, Kleronomas era polvo, distante y muerto como Jesús de Nazaret y el **volcryn** pasó cerca de Daronne. Aquella temporada todos los sensililes de Crey se tornaron raros y sólo se sentaban a contemplar las estrellas con ojos parpadeantes y luminosos.

Cuando fui adulto, el **volcryn** había navegado más allá de Tara, lejos del alcance hasta de Crey, hacia el espacio.

Y ahora estoy viejo y el **volcryn** pronto taladrará el Velo de Tempter colgante como negra bruma entre las estrellas. Y nosotros seguimos, seguimos. A través de los golfos oscuros donde nadie ya, a través del vacío y del silencio que sigue y sigue, mi **Volador Nocturno** y yo seguimos la persecución.

Desde la hora en que el **Volador Nocturno** entró a la ruta sideral, Royd Eris observaba a sus pasajeros.

Nueve de ellos habían abordado en los muelles orbitales más arriba de Avalón; cinco mujeres y cuatro hombres, cada uno escolares académicos, con antecedentes tan diversos como sus respectivos campos de estudios. Sin embargo, para Royd, parecían iguales, se vestían iguales, hasta se oían iguales. En Avalón, el más cosmopolita de los mundos, habían llegado a ser como uno solo en su búsqueda de conocimientos.

El **Volador Nocturno** era una nave comercial, no de lujo. Ofrecía una cabina doble y otra sencilla del tamaño de un clóset. Los demás académicos dormían en especie de hamacas en los compartimentos de carga, junto a los instrumentos y a los sistemas de computación de abordó. Cuando ociaban, podían recorrer dos pequeños pasillos, biblioteca, cocina; el otro caracoleaba hacia los compartimentos de carga. Últimamente no importaba en donde estuvieran. Incluso en los sanitarios, Royd tenía ojos y oídos.

Royd vigilaba siempre todo.

Conceptos como el derecho de privacidad no figuraban en su diccionario, no así en el de sus pasajeros, si estos supieran de sus actividades, más él se aseguró de mantenerlos en su ignorancia.

Los compartimentos de Royd, tres espaciosa cámaras más adelante del cuarto de esparcimiento de los pasajeros, estaban sellados y herméticamente cerrados; nunca salía de ahí. Para sus acompañantes, él era tan sólo una voz sin cuerpo sobre los altavoces, la cual hablaba largamente como espectro holográfico a la hora de comer. Su fantasma

era un joven flexible de ojos pálidos y cabello blanco, vestido en ropas apasteladas, moda de hacía 20 años y con el desconcertante hábito de no mirar a los ojos de sus interlocutores, pero después de algunos días los académicos se acostumbraban a ello. El holografo caminaba tan sólo por la estancia, siempre.

Pero Royd en secreto y silenciosamente, vivía en todas partes y conocía los pequeños secretos de todos.

La cibernética prefería hablar con sus computadoras que con los humanos.

El xenobiólogo era confiable, argumentador y un bebedor solitario.

El físico era un hipocondriaco dado a las depresiones negras, el cual empeoró en los confines del **Volador Nocturno**.

Royd los observaba trabajar, comer, dormir y copular; escuchaba sin cansarse sus diálogos. En una semana, ninguno de los nueve le parecían ser los mismos. Cada uno era extraño y único.

Luego de dos semanas de viaje, dos de los pasajeros llegaron a ocupar más su atención. El no omitía a ninguno, los observaba a todos, pero ahora enfocaba especialmente su interés hacia Karoly D'Branin y Melantha Jhirl.

—Más que otra cosa, deseo saber el porqué de todos ellos —le dijo Karoly D'Branin una falsa noche dos semanas después de haber dejado Avalón. El homínido fantasma de Royd se sentó junto a Karoly D'Branin en la oscura estancia, y observándolo beber chocolate agridulce. Todos los demás dormían. Los días y las noches pierden sentido en una nave interestelar, pero el **Volador Nocturno** mantenía sus ciclos usuales, y la mayoría de los pasajeros lo seguían. Sólo Karoly D'Branin, administrador gerencial mantenía su propio y solitario tiempo.

—El sí condicional de ellos es importante, Karoly —replicó Royd. Su voz se escuchaba con claridad en los alto-

parlantes empotrados en los muros—. ¿Está seguro de la existencia de estos extraños?

—Puedo asegurarlo —replicó Karoly D'Branin—, eso es suficiente. Si todos los demás estuviesen convencidos hubiéramos venido en platillos de investigación y no en **Volador Nocturno** —tomaba su chocolate con un suspiro de satisfacción—. ¿Conoces el Nor-Talush, Royd?

El nombre le era desconocido, pero tan sólo le tomó un momento consultar con su biblioteca computadora —una extranjera en el otro lado del espacio humano, más allá de los mundos Findü y el Damush. Posible leyenda.

Karoly D'Branin exteriorizó una risita. —Tu biblioteca es obsoleta. Debes actualizarla cuando regreses a Avalón. No son leyendas, no, son realidades a pesar de su lejanía. Poseemos cierta información acerca del Nor-Talush, y estamos convencidos de su existencia, aunque ni tú ni yo, lleguemos a conocer a alguno. Fueron el principio de todo.

—Alimentaba cierta información dentro de las computadoras, un paquete recientemente llegado de Dam Tullian, después de 20 años de transitar. Cierta parte era referente al folklore de Nor-Talush. Yo no tenía idea cuanto tiempo se llevaría llevar todo eso a Dam Tullian, ni por cuál ruta, pero era un material fascinante. ¿Sabías que en primer grado fue xenomitología?

—No lo sabía —dijo Royd—, continúa por favor.

—La historia de **volcryn** descansaba entre los mitos de Nor-Talush. Me asombró; una raza de Sentiens moviéndose hacia el misterioso origen en la corteza de la galaxia, para navegar hacia los bordes galácticos, mientras mantenía el cuerpo siempre hacia las profundidades siderales y no hacia las caídas planetarias, rara vez ocurridas dentro del primer año luz de una estrella. ¡Y hacer todo aquello sin una ruta sideral y en naves en movimiento mínimo comparado con la velocidad de la luz! ¡Ese detalle me obsesiona! ¡Pensan qué tan antiguas serán esas naves!

—Viejas —concordó Royd—, Karoly, tú dijiste naves. ¿Hay más de una?

—Por supuesto —dijo D'Branin— de acuerdo al Nor-Talush, primero aparecieron una o dos, en las orillas más internas de su esfera comercial, pero después aparecieron más. Cientos de ellas, solitarias, con movimiento propio, siempre hacia el espacio. La dirección era la misma. Durante quince mil años recorrieron las estrellas del Nor-Talush y comenzaron a alejarse. La leyenda dice que la última nave **volcryn** desapareció hace tres mil años.

—18.000 años —dijo Royd—. ¿Son tus Nor-Talush tan antiguos?

D'Branin sonrió. —Uno tanto como los viajeros interestelares. De acuerdo a sus propias historias, el Nor-Talush ha sido civilizado sólo la mitad de ese tiempo. Eso me detuvo por un buen rato. El **volcryn** me parecía sólo una clara leyenda. Una maravillosa y verdadera leyenda, nada más.

—Últimamente, sin embargo, no podía dejar de pensar en ello. En mis tiempos libres investigaba, comparaba con otras cosmologías extrañas para ver si este particular mito era afín con la de otras razas fuera del Nor-Talush. Pensé en la posibilidad de escribir una tesis. Fue una investigación fructífera.

—Mis descubrimientos me azoraron. Nada de los hran-gans, o de sus clases esclavas, pero tenía sentido. Se encontraban fuera del espacio humano, el **volcryn** no podría haberlos alcanzado, sino hasta después de haber pasado a través de nuestra propia esfera. Sin embargo, la historia del **volcryn** se encontraba por doquier. Los Findü la tenían. Los Damoosh la aceptaban como verdadera y los Damoosh como usted sabe, son la raza más antigua en existencia, y una historia muy similar se cuenta entre los gethsoids del Aath. Hice un chequeo de lo poco que se sabe en cuanto a un futuro crecimiento de la raza, aún más allá de Nor-Talush. También tenían la historia de **volcryn**.

—La leyenda de las leyendas —sugirió Royd—. La ancha boca del espectro se tornó en una sonrisa.

—Exacto, exacto —acordó D'Branin—. En ese punto llamé a los expertos, especialistas del Instituto para el Estudio de la Inteligencia no-humana. Investigamos por dos años. Todo estaba ahí, en los archivos y bibliotecas de la Academia. Nadie antes había indagado sobre el asunto.

—El **volcryn** ha estado en movimiento a través de la mayor parte de la historia humana, desde antes del despertar de los vuelos espaciales. Mientras nosotros torcemos el material del espacio mismo para burlar la relatividad, ellos han estado conduciendo sus inmensas naves a través del corazón de nuestra discutida civilización, más allá de nuestros más populosos mundos, a velocidades majestuosas y moderadas de la subluz, en pos del borde y la obscuridad entre las galaxias. ¡Maravilloso, Royd, maravilloso!

—¡Maravilloso! —asintió Royd.

Karoly D'Branin bajó su tazón de chocolate y se inclinó hacia adelante en busca de la proyección de Royd, pero su mano atravesó un haz de luz cuando trató de aferrarse del antebrazo de su compañero. Pareció desconcertado unos instantes, antes de comenzar a reírse de sí mismo. —Ah, como mi **volcryn**. Me sobre entusiasmas, Royd. Estoy tan cerca ahora. Han girado en mi mente por más de una década, y en menos de un mes los tendré. Entonces, entonces, si tan sólo pudiera entablar comunicación. Si tan sólo mi gente pudiera alcanzarlos, entonces sabré por fin el porqué.

El fantasma de Royd Eris, amo del **Volador Nocturno**, le sonrió y lo miró con sus calmados y perdidos ojos.

Los pasajeros se inquietan pronto cuando van en una nave en movimiento, sobre todo en una tan pequeña y rala como esta. Durante la segunda semana, las especulaciones nacieron. Royd escuchaba.

—¿Quién es este Royd Eris en realidad? —se quejaba el xenobiólogo una noche cuando cuatro de ellos jugaban

cartas—. ¿Por qué nunca sale? ¿Cuál es el propósito de su encierro?

—Pregúntaselo a él —sugirió el lingüista. Nadie lo hizo.

Cuando no platicaba con Karoly D'Branin, Royd observaba a Melantha Jhirl. Ella estaba bastante observable, joven, saludable, activa, Melantha Jhirl tenía una vibración a su alrededor, intocable para los demás. Era grande en todos sentidos; su cabeza superaba a la de cualquier otro a bordo, en cuanto a tamaño; de constitución amplia, de frondoso busto, largas piernas, fuerte, sólida bajo aquella piel negra y brillante como el carbón. Sus apetitos eran iguales. Comía el doble que cualquiera de sus colegas. Bebía pesadamente y al parecer no se embriagaba, hacía ejercicios durante cuatro horas diarias con ayuda del equipo traído por ella y colocado en unos de los compartimentos de carga. Hacia la tercera ya había copulado con los cuatro hombres a bordo y con dos mujeres. Incluso en la cama era activa, agotaba a todos sus compañeros. Royd la observaba con sumo interés.

—Soy una modelo superada —le dijo una vez mientras trabajaba sobre las barras paralelas, el sudor resplandecía sobre su piel desnuda, con el cabello recogido con una malla.

—¿Mejorada? —no pudo mandar su fantasma holográfico hacia aquel lugar pero Melantha lo había llamado con el comunicador mientras ejercitaba, sin saber que de todos modos él hubiera estado allí.

Hizo una pausa en su rutina, y empezó a levantarse apoyada en sus fuertes brazos, una y otra vez. —Alterada, capitán— dijo. Le había dado por llamarlo así— nací en Prometheus entre la Élite hija de dos hechiceros genéticos. Superada, capitán. Requiero el doble de la energía utilizada por usted pero la consumo toda. Un metabolismo más eficiente, un cuerpo más fuerte y durable. Mi gente ha cometido terribles errores en su intento por rediseñar radicalmente a los menores, pero en las pequeñas mejoras actúan bien.

Terminó sus ejercicios con movimientos rápidos y fáciles, silenciosa hasta que hubo terminado. Entonces, empezó a respirar profundamente, cruzó los brazos, ladeó la cabeza y sonrió. —Ahora conoce la historia de mi vida, capitán, no sé si desea escuchar la parte acerca de mi defecación a Avalón, mi extraordinaria labor en la antropología no-humana, y mi tumultuosa y apasionada vida amorosa.

—Quizás en otra ocasión —dijo Royd cortésmente.

—Bueno —Melantha Jhirl contestó. Arrebató una toalla y comenzó a secarse el sudor del cuerpo—, me gustaría escuchar la historia de su vida. Entre mis modestos atributos poseo una curiosidad insaciable. ¿Quién es usted en realidad, capitán?

—Alguien tan perfecto como usted —replicó Royd— debería de estar en condiciones para adivinarlo.

Melantha rio, y arrojó la toalla contra el aparato comunicador.

Para aquel entonces todos trataban de adivinar cuando Royd no los escuchaba. Les encantaban los rumores.

—Nos habla, pero no podemos verlo —dijo el cibernético— esta nave no tiene tripulación, aparentemente todo es automático a excepción de él. ¿Por qué no lo es del todo?

—Apostaría que Royd Eris es tan sólo un sofisticado sistema de computación, tal vez una inteligencia Artificial. Incluso un programa modesto puede sobre llevar una conversación ciega sin que se distinga de un humano.

El telépata era algo frágil y joven, nervioso, sensitivo, de cabello lacio y ojos azules y acuosos. Vio a Karoly D'Branin en su cabina, y ambos sostuvieron una conversación privada. —Lo siento— dijo con cierta excitación— algo anda mal, Karoly, muy mal. Comienzo a tener miedo.

D'Branin se quedó perplejo. —¿Tú, asustado? No lo entiendo, amigo mío. ¿Miedo de qué?

El joven meneó la cabeza. —No lo sé, sin embargo está allí, lo siento. Karoly, me estoy dando cuenta de algo. Tú sabes que soy competente, lo soy, por eso me escogiste.

Primera clase, probado, y repito que tengo miedo. Siento el temor. Algo peligroso existe. Algo volátil... y extraño.

—¿Mi **volcryn**? —dijo D'Branin.

—No, no, imposible, estamos en marcha, ellos se encuentran a años luz de distancias. —La risa del telépata era de desesperación—. Mi capacidad no llega a tanto, Karoly, ha escuchado de Grey, pero tan sólo soy un humano. No, esto es cercano. A bordo.

—¿Uno de nosotros?

—Tal vez —dijo el telépata—, aún lo ignoro.

D'Branin puso paternalmente su mano sobre el hombro del joven. —Te agradezco que hayas recurrido a mí, pero no puedo actuar, si no tienes algo más definido. Tu presentimiento puede achacarse a tu cansancio. Todos hemos estado bajo una gran tensión. La inactividad puede ser abrumadora.

—Esto es real —insistió el telépata y salió de allí en paz.

Después D'Branin acudió hacia la psíquica, quien descansaba en su camastro rodeada de medicinas, aquejada de dolores. —Es interesante— dijo cuando oyó el relato de D'Branin—. Yo también he sentido algo, una especie de amenaza muy vaga, difusa. Creí que era cosa mía, este encierro, esta aburrición, el cómo me siento. Mis estados de ánimo a veces me traicionan. ¿Dijo él algo más específico?

—No.

—Me esforzaré e investigaré, lo analizaré a él y a los otros, tal vez logre algo. Sin embargo, si esto es real, él debe saberlo primero. Él es un uno y yo solamente soy un tres.

D'Branin asintió. Más tarde, mientras el resto dormía, se preparó un chocolate y platicó con Royd a través de la falsa noche. Nunca le mencionó al telépata.

—¿Han notado las vestimentas del hológrafo? —El xenobiólogo les comentaba a los demás— estuvieron de mo-

da hace una década cuando menos. No creo que realmente se vea así. ¿Qué tal si está deforme o enfermo o avergonzado y no desea ser visto tal y como es? Tal vez padezca alguna enfermedad. La Plaga Lenta puede actuar terriblemente sobre una persona, y le toma décadas en matarla, además de otros contagios; la nueva lepra, la Enfermedad Langamen. Tal vez Royd se haya impuesto una cuarentena. Piénsenlo.

Durante la quinta semana de viaje, Melanita Jhirl movió su peón a la sexta casilla, Royd comprendió la jugada y se supo vencido. Era su octava y consecutiva derrota frente a ella. Melantha se encontraba sentada con las piernas cruzadas sobre el piso del salón de estar, el ajedrecista se encontraba frente a ella sobre una pantalla, en un recibidor oscuro. Reía mientras movía las figuras. —No te sientas mal Royd, soy una modelo superada. Siempre tres movimientos adelante.

—Yo debería empatar, según mi computadora —le contestó—, nunca se sabe. —Su fantasma holográfico se materializó de pronto, parado frente a ella, sonriente.

—Lo sabría en tres jugadas —dijo Melantha Jhirl—, inténtalo. —Se adelantó y atravesó su proyección rumbo a la cocina, en donde encontró cerveza—. ¿Cuándo va a rendirse y me permitirá visitarlo, capitán, tras su muro? —le preguntó por el intercomunicador. Se negaba a tratar al fantasma como algo real—. ¿No se siente solitario ahí? ¿Sexualmente frustrado? ¿Con claustrofobia?

—He vivido en el **Volador Nocturno** toda mi vida, Melantha —dijo Royd. Su proyección ignorada, se apagó—. Si yo padeciese claustrofobia, frustración sexual o soledad, me hubiera resultado imposible lograrlo. Esto debe ser obvio para ti, una modelo superada.

Bebió un sorbo de cerveza y sonrió melosamente. Aún descubriré su velo, capitán —le advirtió.

—Magnífico —le dijo él—, mientras tanto cuéntame más mentiras acerca de tu vida.

—¿Han escuchado hablar de Júpiter? —La xenotécnica le preguntó a los demás. Estaba ebria, acurrucada en su camastro en el compartimento de carga.

—Tiene algo en común con la Tierra —dijo uno de los lingüistas—, el mismo sistema mítico originó ambos nombres, según creo.

—Júpiter —anunció la xenotécnica en voz alta— es un gigantesco gas en el mismo sistema solar de la Vieja Tierra. Yo no lo sabía. ¿Y ustedes? Estaban a punto de explorarlo cuando descubrieron la ruta sideral, hace mucho tiempo. Después de eso, nadie se interesaba en gigantes gaseosos. Tan sólo se deslizaban por las rutas en busca de mundos habitables, los poblaban, ignoraban los cometas, los meteoros y los gigantes gaseosos. Hay otra estrella a pocos años luz de distancia y tiene más planetas habitables. Había quienes creían en la posible vida en esos júpiters. ¿Está claro?

El xenobiólogo se veía molesto. —Si hay vida inteligente en los gigantes gaseosos, nadie estaría interesado en abandonarlos. Hemos conocido muchas especies sensibles, originarias de planetas similares a la Tierra y la mayoría de ellas respiran oxígeno. ¿Sugieres acaso que el **volcryn** proviene de un gigante gaseoso?

La xenotécnica se sentó y sonrió. —No el **volcryn**, ¡Royd Eris! Rómpanle el cráneo y observarán el metano y el amonio brotar agitó sensualmente su mano en el aire mientras reía irónicamente.

—Lo humedecí —le dijo la Psíquica a Karoly D'Branin durante la sexta semana—. Psionine. —Aminorará su receptividad por unos cuantos días y tengo más si lo llegara a necesitar.

D'Branin lo miró con cierto espanto. —Hemos hablado varias veces, él y yo. Vi como cada vez aumentaba su temor pero nunca me contó el porqué. ¿Tuviste que anularlo así?

El psíquico se encogió de hombros. —Bordeaba lo irracional. No debiste de haber contratado a un telépata de primera clase, D'Branin. Demasiado inestable.

—Debemos comunicarnos con una raza extraña. Te recuerdo que no es tarea fácil. Los **volcryn** son tal vez más extraños que cualquier sensible conocido por nosotros. Por eso mismo necesitamos capacidades de primera clase.

—Glub —dijo ella—, tal vez usted no posea capacidad alguna, según la condición de su clase. La mitad del tiempo él está catatónico y la otra mitad muerto de miedo. Insiste en que estamos en un peligro físico y real, pero ignora sus causas y su procedencia. Lo peor del caso es que yo no sé si es realmente algo o padece un agudo ataque de paranoia. Aunque sí tiene algunos síntomas de ello. Entre otras cosas, se siente observado. Tal vez su condición esté desligada de nosotros, del **volcryn** y de su talento. No puedo estar segura de este punto.

—¿Y su propio talento? —le preguntó D'Branin—, usted es una empática.

Ella le sonrió maliciosamente. —Entonces, sabremos que la amenaza por él presentida, era real.

La falsa noche llegó, el halo de Royd se materializó mientras Karoly D'Branin pensaba junto a su taza de chocolate. —Karoly— dijo la aparición—, ¿sería posible empatar en la computadora su equipo a bordo con el sistema de mi nave? Esas historias del **volcryn** me fascinan y me encantaría estudiarlas mientras repaso.

—Claro. —D'Branin le contestó distraídamente—. Ya es tiempo de activar nuestro sistema, por si acaso. Pronto nos saldremos de la ruta.

—Pronto —asintió Royd—, aproximadamente dentro de 70 horas a partir de este momento.

Durante la comida del siguiente día, la proyección de Royd no apareció. Los académicos comían intranquilos, es-

peraban la materialización de su anfitrión en cualquier momento, en el lugar acostumbrado para unirse a la plática. Sus esperanzas aún no se realizaban cuando fue servido el chocolate, el té y el café.

—Al parecer nuestro capitán está ocupado —observó Melantha Jhirl, mientras se recargaba contra el respaldo de su silla y olía su copa de *brandy*.

—Pronto saldremos de curso —dijo Karoly D'Branin—, debemos hacer ciertos preparativos.

Los demás cambiaban miradas. Los que estaban presentes, aunque el joven telépata parecía perdido en las compulsiones de su mundo interior. El xenobiólogo rompió el silencio. —El no come. Es tan sólo un maldito hológrafo. ¿Qué importa si come o no? Da igual. ¿Qué sabe usted acerca de este misterioso hombre?

D'Branin lo miró confundido. —¿Saber, amigo mío? ¿Acaso hay algo digno de saber acerca de él?

—De seguro usted habrá notado que él nunca sale a jugar con nosotros —dijo la lingüista con sequedad—, antes de que usted arrendara su nave, ¿sabía alguno de ustedes su rareza?

—Me encantaría conocer la respuesta —dijo su pareja—; una gran cantidad de tráfico viene y va en Avalón. ¿Por qué escogió a Eris? ¿Qué referencias tenía acerca de él?

D'Branin vaciló. —¿Preferencias? Muy pocas, lo admito. Hablé con algunos oficiales del puerto y con compañías de viajes, y ninguno de ellos conocía a Royd. No había hecho nada fuera de Avalón.

—¿De dónde es? —preguntaron los lingüistas al unísono—. Se miraron entre ellos y la mujer continuó. —Lo hemos escuchado. No tiene acento discernible y su idiosincrasia no es suficiente para conocer sus orígenes. Díganos, ¿de dónde viene el **Volador Nocturno**?

—Lo ignoro —admitió vacilante D'Branin—, nunca se me ocurrió preguntárselo.